

Un presidente de tintes espiritistas

Rebeca Monroy

Rosa Casanova *et al.*, *Francisco I. Madero. Entre imagen pública y acción política*, México, Conaculta-INAH-Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, 2012, 287 pp.

Francisco Ignacio Madero es una figura emblemática de la Revolución por muchos motivos. Uno de éstos es el de ser apóstol de la democracia, forjador de la única Revolución en el mundo que tuvo fecha precisa de inicio, y que su participación fue un intento serio de crear una “república”, en sus orígenes más epistemológicos y grecolatinos de lo que él mismo se imaginó. Seguramente parte de esto gestó el ánimo de Rosa Casanova y Salvador Rueda para llevar a cabo una magna exposición en su lugar natural: el Castillo de Chapultepec. Como lo explican en sus respectivos textos estos investigadores.

Derivado de esa exposición surge ahora este libro, de preciosas estampas, multicolores ilustraciones, fotorreportajes y notas gráficas, caricaturas mordaces, cartas de puño y letra, de aquellos momentos que vivió el maderismo desde sus primeros intentos por

forjar “otra patria” lejos del justamente ya viejo “patriarca” Porfirio Díaz en el año de 1909, hasta sus últimos días, que se mostraron en la trágica decena de días aciagos en la ciudad de México, en febrero de 1913. Consolidados esfuerzos de muchas partes entre museógrafos, curadores, conservadores, carpinteros, coleccionistas, bibliotecas, fototecas, filmotecas, y muchos más a los que ahora se unieron el esfuerzo de investigadores de la historia y que se plasman en este libro-catálogo. Resultado de ese esfuerzo, ahora convertido en una historia, política, una historia cultural de lo social, una historia de las mentalidades, con varios soportes que deriva en una historia visual que busca explicar a un personaje clave de nuestra tan buscada y desvanecida democracia. Quiero pensar que la idea es que al entender este capítulo complejo de nuestra historia, podríamos comprender lo que estamos viviendo un centenar de años después.

Con esto me refiero a que la investigadora y coordinadora de este ejemplar texto-libro-catálogo (con 12 autores, incluida ella, presentan 14 textos, cuyo prólogo estuvo a cargo del director general del INAH y también historiador, Alfonso de María y Campos)

busca ponderar, explicar, mostrar, dar cuenta, desgranar, amarrar, balconear, abundar, glosar y profundizar en muy diversos aspectos a este prócer de la patria. En el texto que realiza Santiago Portilla muestra el origen de clase de Francisco I Madero, sus preferencias ideológicas, su capacidad de estudio, su condición social acomodada y exitosa, y sus claras intenciones en las entrañas de una aventura política que lo desgajaría definitivamente. Una carta que acompaña al texto —y reproducida de la exposición— da cuenta de la lucidez de Madero al escribirle a Porfirio Díaz el día de la Candelaria de 1909. En medio de los tamales y del atole, le dedicó probablemente estas líneas aduciendo: “Muy respetable señor y amigo: Principiaré por manifestar a Ud. que si me tomo la libertad de darle el tratamiento de amigo, es porque Ud. mismo me hizo la honra de concedérmelo en una carta que me escribió [...]”. (Seguramente Díaz nunca imaginó que en ese nuevo amigo encontraría a su contrincante más feroz). En esta misiva al general Madero le dejaba ver su deseo de que abandonara el poder de manera legal y le señala: “Por el desarrollo de su política,

basada principalmente en la conservación de la paz, se ha visto Ud. precisando a revestirse de un poder absoluto que usted llama Patriarcal [...]", y termina pidiendo la legalidad de las elecciones, por supuesto, un sueño vano en ese momento (carta reproducida en la p. 37).

Por su parte, Yolia Tortolero humaniza al personaje —aquel que estudió en Baltimore— y después se fue a los 14 años a París, en donde hizo suyas las búsquedas paternas y abrazó un legado que le dio la paz y la tranquilidad que buscaba: el espiritismo. Las profundidades marinas de su ser dan cuenta de una doble vida aparente al ser candidato: vegetariano, de curas homeopáticas y baños calientes, se sabía y rumoreaba su inspirada pluma bajo escondites espíritas. A modo de ejemplo están las líneas que el editor del *Manual Espírita* le consignó: "Con gusto cumpliré su encargo de guardar la reserva sobre que usted es el autor del libro [...]" (p. 46). Tortolero da una visión aguda de su ser espiritual, el "punto oscuro" que no compartía con su compañera de vida Sara Pérez, además del pesar de no poder ser padres.

De su afición y pasión espiritista hicieron escarnio sus claros opositores y con el tiempo, aquellos que fueron dejando de creer en él, algunos hasta de sus más cercanos amigos o "leales seguidores". Las pretensiones de Madero de mantener dos frentes de diferente naturaleza y buscar conciliarlas en un país que demandaba mucho más que obras de caridad o presencias aureáticas en su vida política. La carta reproducida en el libro, es-

crita por su abuelo Evaristo Madero, da cuenta de lo que opinaban en su hogar; a los 80 años le escribió al viejo presidente Díaz para justificarse él mismo y a *Panchito*, ya que en una familia numerosa de más de un centenar de personas: "[...] no le llamaré a Ud. la atención, como ha sucedido con mi nieto Francisco —se le haya metido en la cabeza meterse en la alta política, aconsejado por los espíritus, —pues es espiritista, con lo cual queda dicho todo". (p. 46).

Fue ese misticismo a ultranza, que pretendió ocultar a los ojos del pueblo, el que les dio "mucho tela de donde cortar" a los caricaturistas de la época como García Cabral quien a la par usaba el seudónimo de *Equis* —como pude comprobarlo en la revista *Zig-Zag* de 1921—, y con lo cual dobloteó el esfuerzo de pegarle al "chaparrito", endeble, espiritista, vegetariano y soñador Madero. Santiago R. de la Vega pasó también largas horas con su pluma encontrando las partes "débiles", que parecían ser muchas, de Francisco Ignacio, y aún peor del tuerto de su hermano Gustavo, a quien lo dibujaban con el "ojo parado", como nos relata Mercurio López Casillas. Por su parte Miguel Ángel Echegaray propone un ensayo rijoso y risueño, donde nos muestra como los perros dibujados por *El Chango* García Cabral en *Multicolor*, que según el dibujante eran para saciar su mal cálculo compositivo, fueron motivo de conflicto y de burla por representar *no* lo que la iconografía clásica parece señalar: la "lealtad", "al mejor amigo del hombre", mucho menos "la fidelidad".

Un concurso en la época puso en claro cómo ese ser era identificado por el "respetable" como la fiel esposa Sara Pérez. Es un ensayo que dibuja el cinismo de las (contra)partes: los golpes de la "porra" financiados por Gustavo Madero, las cuotas de poder al salir becado García Cabral a París, el "cuadrilátero" de los abogados incidiendo en el ánimo general para después volverse profundamente huertistas (Moheno, Olaguíbel, García Naranjo y Lozano, defensores de autoviudas posrevolucionarias). Capítulo que bien podría llamarse "Drenaje profundo".

La figura de Madero como generador de movimientos telúricos, la muestra Miguel Rodríguez, en su entrada a la ciudad de México el 7 de junio de 1911, la que coincidió con el sismo registrado de 7.7° Richter, y afloró el pensamiento mágico de la época, ¿"ave de mal agüero"?, aunado al cientificismo que se exhibía con los novísimos aparatos que registraron el fuerte sismo. Desastre natural que acosó la figura presidencial de Madero, y que festejaban los porfiristas trasnochados, sus enemigos de clase y políticos, que buscaban desprestigiarlo a toda costa por sus decisiones poco asertivas.

Salvador Rueda Smithers, director del Museo Nacional de Historia, especialista en zapatismo, por su parte, además de redactar una introducción al libro, nos lega un texto que muestra las contradicciones intrínsecas de los zapatistas frente a Madero y sus posibles alianzas, enojos profundos, indecisiones, cambios de promesas, que a pesar de ser el compadre de bodas de Zapata, se enfrentaron ante

el desarme y la poco hábil presencia del maderismo en un estado que peleaba la tierra como propósito de vida. El autor muestra el escarnio realizado contra los zapatistas por los viejos porfiristas, y los maderistas en turno, por lo editores y por aquellos que esperaban agazapados para asestar su propio golpe.

Complementa la visión del maderismo la importancia de la Junta Revolucionaria de Puebla de 1910 a 1911 de Amparo Gómez Tepexicuapan, clara y precisa presentación de la participación de la familia Aquiles Serdán y de la muerte prematura a los 33 años de edad de Aquiles maderista. Por otro lado, Lourdes López Camacho con la visión del interés del Porfiriato por la arqueología, —aquella que sustentaba la idea de que mejor “el indio muerto que el indio vivo”—, cuando se fundó el Museo de Historia Natural (Chopo) y el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, que continuaría en funciones después del porfirismo e incrementaría sus actividades con la presidencia de Madero, para evocar circunstancias benéficas para el país ante su pasado prehispánico. López Camacho menciona los personajes fundacionales de esa historia prehispánica y sus estudios: Leopoldo Batres, Franz Boas y Manuel Gamio, quienes son parte sustancial del propósito de lo que somos, de los discursos de identidades, del mestizaje, del indio y la nación, que forjó una amalgama de pensamientos y una institución para la cual procuramos asentar el trabajo cotidiano y sustancial: nuestro querido INAH.

Por su parte, Thalía Montes Reinas profundiza en el estudio de uno de los inspectores de monumentos del Museo Nacional, Antonio Cortés, y en sus alzamientos fotográficos que contribuyeron en la tarea iniciada por el alemán Guillermo Kahlo en su materialización fotográfica con imágenes de un gran preciosismo técnico para abundar el catálogo iniciado años antes. Las labores de Cortés presentan un registro gráfico también de importantes alcances para los inmuebles coloniales, que fundaría la Inspección General de Monumentos Artísticos de la República en 1915, bajo la mirada del huertismo.

El ensayo del maestro Fausto Ramírez da cuenta de la producción artística de la época, de la pintura, escultura y gráfica, de los problemas en la Escuela Nacional de Bellas Artes, de las dirigencias, las coyunturas, las dislocaciones con el *Dr. Atl*, de la apuesta por un nuevo arte nacional, de las contradicciones internas, la escisión entre artistas y arquitectos (problema que a la fecha existe en San Carlos), de las pugnas y alternativas, así como de la instalación de un nuevo método de enseñanza en las escuelas de Pintura al Aire Libre, como en la llamada “Barbizón mexicano”, en las orillas del canal de la Viga, en Ixtacalco, y de su director Alfredo Ramos Martínez, también ya en pleno huertismo. Lo que más destaca de este fabuloso ensayo es la evidencia de que arte y política no siempre van de la mano, las formas artísticas implementadas y trastocadas por movimientos diversos, influencias externas, pasiones y ánimos individualizados, decisiones que pro-

venían de largos años de estatismo fabricado por Fabrés y Rivas Mercado, se convirtieron a su ritmo, forma y estilo en una búsqueda precisa de la producción plástica nacional que ya se avizoraba.

El cine y sus primores, sus intenciones, las constancias de la imagen en movimiento en el proceso revolucionario son narradas por Ángel Miquel, quien pone en la pantalla la forma en que se desarrolló el trabajo de Salvador Toscano, Antonio Ocañas, los hermanos Alva y del fotógrafo de fijas convertido en cinefotógrafo, José P. Arriaga, con las horas de cine mudo que disfrutaban, y conservaron los fotogramas de los próceres, traidores, animadores, del pueblo, los gestos y códigos de época con los sombreros, los rebozos y sus usos, las largas caminatas para recibir a Madero, y una serie de elementos que reflejan la alterada vida cotidiana de la revuelta armada. Por ahí andaba Sara Madero, por ahí “ojo parado”, por ahí se confirma la “chaparrez” de Madero, la gran figura de Carranza, en fin entre programas de mano, boletos, carteles, pedazos de cintas silentes y hemerografía se reconstruye este precioso momento visual, documentos profundamente importantes de la vida nacional. Es un nutritivo ensayo textual.

Cierra la edición el trabajo sobre fotografía que evoca Rosa Casanova, en donde la reflexión gira más en torno a las maneras del uso fotográfico en la prensa ilustrada y del diarismo, de las disposiciones editoriales, las contiendas cotidianas, los estilos de trabajo, de las transiciones visuales, de agencias y *reporters* fotográficos. Los plagios repetidos de la ima-

gen que nos quita el sueño a más de un historiador de la época, las icónicas, el panteón de héroes forjado por la prensa, que aún consumimos. Casanova deja una puerta abierta para seguir investigando, una deuda que tal vez nunca podremos aclarar del todo en propiedades y dominios, pero que es importante seguir hurgando.

En este detallado libro-catálogo en torno al maderismo, se presentan algunas cartas de “La Primera Dama de la Revolución”, Sara Pérez de Madero, que revelan en parte, su importante presencia al lado de su marido. Elementos que dejan entrever la vida cotidiana alterada, la ruptura de la imagen de la mujer al ingresar a la política, de ese ser paradigmático en tiempos transeculares. Por su parte, el catálogo de imágenes y caricaturistas que se reproducen al final del libro, permite observar un modernismo devastador y reconocer que en el país se generó una producción visual de vanguardia, de signos diferentes a los europeizados, una aportación de México al mundo, antes de la Gran Guerra y de nuestra posrevolución. Un modernismo avasallante poco antes mencionado o recuperado en la historia del imaginario nacional: la síntesis en las líneas trazadas o la ausencia de éstas, el uso de grandes planos de color, el *achurado* conciso, la ausencia de *cloisonné*, entre otras soluciones plásticas, hacen de esas imágenes una vanguardia político-plástica de gran envergadura.

Lo mismo sucede con las fotografías. Su presencia en el libro subraya el respaldo de sus aportaciones a la modernidad y van-

guardia al mundo que se asomó a verlas, gracias a la prensa ilustrada y a sus múltiples reproducciones postales que circularon masivamente. Como lo fue la imagen de Madero entre los durmientes en 1911, fotografía de tintes *live*, antes de su propia creación europea en 1923. Así, gracias a los detallados apéndices documentales que se incluyeron en el libro, podemos cotejar de manera cuantitativa y cualitativa la presencia de los caricaturistas, de las revistas, de los fotógrafos y sus estudios, y en general de los materiales visuales que conformaron la muestra. Material que genera documentos, que crea fuentes de estudio, que añade un plusvalor al libro haciendo de éste un catálogo maravilloso de consulta que nos brinda la oportunidad de observar lo complejo y completo de la exhibición realizada y del periodo en cuestión. Rosa Casanova es historiadora del arte, dedicada a los afluentes decimonónicos de la producción de arte, experimentada exdirectora de la Fototeca Nacional del INAH, la mujer capaz de armar y coordinar un trabajo de este talante que abreva en un documento rico por sus cualidades editoriales, en sus contenidos históricos y plástico-estéticos de sus fuentes visuales.

Este libro en su intertextualidad deja más perfilado a Francisco Ignacio Madero, al hijo heredero-comerciante, al nieto desdeñado, al político en ciernes, al presidente confuso y asertivo en sus apenas 15 meses de mandato, agredido, maltratado, congestionado entre su espiritismo a ultranza y su ser demócrata, por los malos consejos y la naturaleza incontrolable

de los hombres que no sabían del poder y sus entrañas. Sí, están los personajes centrales y circundantes, los aliados, los negociadores, los traidores.

Es la búsqueda para comprender las aristas de un evento que aún parece dolerle a nuestra democracia y que surge ahora con precisión de reloj suizo, pues en febrero se cumple un centenar de años de esa Decena Trágica. Un libro producto del esfuerzo colectivo, una muestra visual como dice W.J.T. Mitchell, pues incluso las letras son “cultura visual”, dentro de lo que se considera *la historia visual de lo social* y *la historia social de lo visual*, que con este libro-catálogo dan cauce para continuar las pistas de este histórico evento y parece quedar más claro que cuando los antagonismos no se resuelven, cuentas con la presencia del enemigo en casa, los antiguos “colaboradores” toman distancia, los soldados se convierten en “chaqueteros”, y peor aún, cuando tu general preferido da la orden de tu tiro de gracia.

Las huellas en la época deben haber sido borradas con cuidado, las cartas, la prensa, el arte y la gráfica atestiguan una parte, quedan las entretelas, la urdimbre de una historia clandestina, disfrazada, no anunciada ni vitoreada. Este libro contribuye a diluirlas, con un gran valor estético y documental permea la muerte de un presidente de tintes espiritistas con las ideas preclaras de la (re) pública encarnada en su persona física, que murió por varios tiros en la espalda y fue su espíritu el más puro... derrocado por la vileza y la traición.